

UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 3

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid. 40
Provincia. 30

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: un pliego, portadas y cubiertas de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.— Uno idem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo, y un pliego de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott. En el número próximo la continuación de todas estas obras.

CAUSA CÉLEBRE.

Sir Herford descendía de una de las familias más distinguidas de Irlanda: su riqueza era considerable, y su única heredera era Enriqueta, joven de diez y seis años, dechado de virtud y de hermosura. El corazón sensible de esta joven tardó poco en prendarse de Tomás Gutreni, cuyo ilustre nacimiento, si bien correspondía al de Enriqueta, no así sus bienes de fortuna, pues los de su casa vinculados, los poseía su hermano mayor sir Jacobo, y á él le correspondía una parte muy pequeña como menor de la familia.

Empero como el amor no está dirigido por los cálculos de la conveniencia, y si por los impulsos del corazón, se encendió asimismo en el pecho de Tomás una llama difícil de apagar. Tardaron poco ambos amantes en comunicarse su mútua pasión, y obrando en los dos la más perfecta conformidad y acuerdo, gozándose anticipadamente en la misma pureza de sus sentimientos, no se ocupaban sino de los medios que podían conducirles un día al himeneo tan ardentemente deseado. Tomás Gutreni recibía iguales pruebas de aprecio de los padres de Enriqueta, señaladamente de la madre, por la cual se había propuesto dar principio á su grande empresa de obtener la mano del objeto de su culto; con cuyo motivo redoblaba sus servicios, su celo, su eficacia, y cuanto pudiera llamar la atención, ó interesar la voluntad de esta señora.

En tanto que Tomás estaba preparando discretamente sus baterías para conquistar aquella plaza, se presentó accidentalmente en ella su hermano mayor sir Jacobo. La amabilidad de Enriqueta, sus encantos, y el timbre de herefterica cautivaron su corazón, y escitaron en él los

deseos más vehementes de aumentar el esplendor de su casa con la agregación de los mismos bienes que debía proporcionarle su enlace con la hija de sir Herford. Encantados con tal feliz proyecto los padres de sir Jacobo, no perdieron tiempo en comunicarlo á los de Enriqueta. Siendo por ambas partes igualmente ventajoso este enlace, accedió gustoso sir Herford á la solicitud de sir Jacobo, por cuyo medio le parecía quedaba asegurada la felicidad de su hija, al mismo tiempo que él no se privaba del consuelo de conservarla á sus inmediaciones, pero defirió la conclusión del matrimonio hasta que hubiese terminado algunos negocios urgentes, por los cuales debía salir dentro de dos meses para Londres y permanecer en aquella capital por espacio de un año. Aunque era largo el plazo prefijado por sir Herford, no era difícil someterse á él, porque Enriqueta era todavía muy joven, y por otra parte sir Jacobo no estaba dominado por

de la desesperación; maldecía su mala suerte, exhalaba imprecaciones contra su hermano; acusaba al cielo de injusticia y se deshacía en lágrimas mezcladas con las de su amante. El acaso que trastorna los planes más bien combinados, hizo que se hallasen solos un día, y en la más libre confianza: aprovechándose de tan favorable oportunidad se entregaron primeramente á todos los excesos de dolor; sus lágrimas y sollozos no se interrumpían sino para jurarse un amor eterno: poco á poco estas ardientes protestas fueron acompañadas de caricias inocentes que muy luego dejaron de serlo. Tomás era fiero y vehemente en sus afectos. Enriqueta era dulce y apasionada: ambos se olvidaron á sí mismos, y no volvieron de su arrobamiento sino para avergonzarse de su debilidad, la cual aumentaba el horror de su situación.

Enriqueta estaba inconsolable; Tomás se consideraba como el más cruel de los hombres; los

llores de su amante le traspasaban el corazón; había apurado la copa de la felicidad, pero pasada la embriaguez sentían toda la amargura de su delirio: faltaba, sin embargo, un año para el voto fatal; el tiempo podía traer algunas mudanzas, esta era su única esperanza. Tan débil consuelo, sin embargo, desapareció muy pronto, y en su lugar entró á apoderarse de ambos la desesperación más cruel.

Enriqueta empezó á sentir todo el horror que debía inspirarle un momento de ilusión, cuyo fruto se iba manifestando con señales inequívocas. El más triste porvenir se presentaba á su vista; conocía su crítica y lamentable posición; nada podía consolarla ni restituírle la calma á su agitado corazón: el de Tomás no estaba menos despedazado por el pesar y por los remordimientos de la conciencia; pero los gemidos y sollozos eran inútiles, era preciso hallar un pronto remedio. Y ¿cómo ocultar esta desgracia? Y en caso de comunicarla, ¿quién tenía el valor necesario para encargarse de tan odiosa misión? A fin de reparar esta primera falta se determinaron á cometer la segunda, la cual se había hecho necesaria; se propusieron casarse clandestinamente. Enriqueta quiso que se diriese este acto hasta que su padre hubiese salido para Londres; pero Tomás menos sufrido se puso de acuerdo con un ministro del culto para que se celebrase dicho himeneo sin dilación.

Sir Jacobo había echado de ver la asiduidad con que su hermano visitaba la casa de Enriqueta, y aun había llegado á descubrir por algunas



Se arroja á los pies de su madre y la revela su situación.

una pasión tan violenta que no pudiese esperar con alguna calma la satisfacción de ella.

Dijéronse muy pronto estas negociaciones. Enriqueta quedó traspasada de dolor con tal noticia; el desgraciado Tomás tocaba los extremos

señales, que sus corazones estaban en alguna inteligencia. Bien fuese por estas meras sospechas ó porque tuvo algun aviso de lo que tramaban ambos amantes, resolvió deshacerse de un rival peligroso. Su familia, á la que comunicó esta bárbara idea, la apoyó con el sello de la mas amplia aprobacion. Así, pues, el día siguiente de la marcha de sir Hertford; en la misma noche en que Tomás había de quedar unido para siempre con su amante, y en el momento en que salía de su casa, para llevar á efecto sus ideas, fué arrestado por ocho hombres armados, mantado y cargado de grillos como un malvado, y conducido á un buque, el cual se hizo inmediatamente á la vela para las Indias Orientales. No es posible describir la intensidad del dolor de este jóven al contemplar las penas y tormentos que habían de afligir á la infeliz Enriqueta; en su desesperacion pedía la muerte como su único consuelo; pero se le obligó á vivir, y aun la esperanza única que lo halagaba de volver bien pronto á Europa se la hicieron perder sus verdugos, informándole de que ya se habían tomado todas las medidas para que esto no se verificase.

Enriqueta había esperado toda la noche á su amante en la mayor agitación y sobresalto: amañeció el día siguiente, y ninguna noticia llegó á sus oídos. ¿Será posible que Tomás la haya abandonado? ¿y cómo explicar tal silencio! Mas no tardó mucho en saber su causa. Su desesperacion no conoció límites: quiso darse la muerte convencida de que ya su desgracia era irreparable; pero el mismo exceso de su quebranto, y la emoción que sentía en su pecho al pensar en el malogrado fruto que llevaba en su vientre, le dió la fuerza necesaria para no sucumbir; enjugó sus lágrimas, y encerrándose dentro de su alma, tomó la atrevida resolución de confesar su infeliz estado á su tierna madre. Las reconvencciones amargas que debía prometerse, no igualaban á las que se hacía ella á sí misma. Se apresura, pues, á ejecutar su designio; corre sin aliento á la habitación de su madre, en el momento en que esta se disponía á salir, se arroja á sus pies, las baña con lágrimas de arrepenimiento, la mira y conoce con la relación de su odio hacia sir Jacobo, de su ternura por Tomás, y de la situación á que un momento de debilidad la había reducido. El esfuerzo que le costó esta dolorosa declaración agotó sus fuerzas; si no la hubiera hecho precipitadamente, no las hubiera tenido para concluirlo.

Milady sorprendida, aturrida, penetrada de espanto y confusion, no había osado interrumpirla; la firmeza de Enriqueta durante esta terrible confesion, le había embargado la palabra; las copiosas lágrimas que derramaba esta hija desgraciada, y el anonadamiento en que había caído, era la prenda mas segura de su dolor, y de sus remordimientos: elevaba los ojos al cielo, los bajaba sobre su hija, y rompía por ellos dos rios de lágrimas. Calmándose algun tanto su espíritu, no se detiene en dirigirle las acerbas reconvenciones debidas á su culpable conducta, que de nada podían servir en el caso presente, y conociendo á su vez la necesidad de ocuparse del modo de omitir su vergüenza á los ojos del público, se retira á su gabinete, reflexiona breves instantes, y volviéndose á su hija le dice: —Enriqueta! Has olvidado lo que te debías á ti misma y lo que debías á tu madre. ¿Qué dirá sir Hertford? ¡No aquí el premio reservado á su ternura y á la mía! Ya ignora el refugio sobre nosotros: tus lágrimas no pueden borrarla... ya no es tiempo de derramarlas; quiero salvarte del horror y de la vergüenza: oculta tus remordimientos en el fondo de tu corazón: ellos formarán tu mayor suplicio. El mismo sir Hertford debe ignorar tu yerro: ni ternura hacia él debe abarcarle este profundo pesar, que seguramente lo haría desgraciado por toda su vida.

Milady quiso tomar por su cuenta este fruto blandísimo: empezó á quejarse de algunas indisposiciones, y logró persuadir con estas simuladas de confianza á muchas de sus amigas de que todavía iba á ser madre: asistió en el mismo sentido á su esposo, quien recibió con alacritud esta noticia. Y contestó amablemente á muy penoso de hallarse separado de ella, y de no poder presidir á los cuidados que exigía su nuevo estado. Milady en el entre tanto su inocencia de tal ausencia que tanto favorecía sus designios. Poco

tardó en esparcirse la noticia de su supuesto embarazo. Sir Jacobo fué el único que la oyó con sentimiento; y ya desde este momento le pareció Enriqueta menos encantadora, como que iban á quedar destruidos sus cálculos codiciosos.

Lady Hertford se retiró al campo, bajo el pretexto de que el aire de la ciudad no le era saludable: llevó consigo á su hija, teniendo particular cuidado de que no fuera vista hasta que hubiese dado á luz un hijo que fué criado como si fuera de sir Hertford. Desde que la familia de Gutreni vió perdida la herencia de Enriqueta quebrantó todos los empeños que había contraído con ella.

Regresó Enriqueta á Dublin, al parecer mas hermosa que antes; pues una cierta languidez, efecto de los quebrantos, que la hacía mas interesante, la atribuyó el público á la vida solitaria que había tenido por tanto tiempo.

Sir Hertford precipitó su vuelta á Londres con el ansia de abrazar á su esposa y al recién nacido, en quien fundaba las mas halagüeñas esperanzas. Enriqueta por otra parte tenía el consuelo de ver crecer á su hijo á su lado, y de poderle consignar libremente toda su ternura maternal, cuyo título encubría con el de hermana.

Murió sir Hertford á los pocos años sin haber sido desengañado de su error, demasiado justificado por las circunstancias, y por deferencias predilectas hacia su misma persona; su esposa le acompañó bien pronto al sepulcro, y el nacimiento del jóven Hertford fué siempre un secreto. Enriqueta lo conservaba de un modo inviolable, y no había querido que su madre lo hubiese revelado á nadie, porque por este medio aseguraba sus títulos y sus riquezas, las cuales no habría podido poseer si en el concepto público no hubiera pasado por hermano suyo. Enriqueta había querido presidir á la educación de su hijo, y esta fué su desgracia: idólatra de este jóven, tuvo con sus defectos toda la indulgente debilidad de una madre: el hijo la hubiera respetado seguramente si hubiera sabido que le debía el ser; pero valido de la franqueza y libertad de hermano, le causó muchos pesares. Mas de una vez hubo ella de llorar á sus solas su único desluz; consideraba por lo tanto estos disgustos y amarguras como un castigo correspondiente á su culpa. Llegó este jóven á la edad en que uno es dueño de sus acciones: heredero de su gran nombre y jefe de su familia, quiso sostener sus derechos con dureza, y redujo á la presunta hermana á la situación mas desgraciada.

Hacia este tiempo regresó Tomás Gutreni á Europa, bien ageno de hallarse con Enriqueta, pues desde muchos años le habían escrito la supuesta muerte de esta su amante, cuya funesta circunstancia había prolongado su permanencia en las Indias, en donde había acumulado inmensas riquezas.

Cuán agradable fué, pues, su sorpresa cuando la primera noticia que recibe al llegar á Dublin es la de que Enriqueta vivía, que se conservaba soltera, y que él podía aliviar su desgracia! Como siempre había conservado los mas dulces recuerdos de este malogrado amor, nada le contrajo para volar á la presencia del objeto mas grato á su corazón. En el momento de verse se despojaron de nuevo sus primeros afectos, sino tan ardientes, á lo menos tan lieros y espresivos. Tomás la refirió en breves palabras la larga historia de su vida. Enriqueta le dió cuenta de todos los sucesos que ignoraba; pero sobre todo le contó grande no fué su regocijo al oír que el jóven Hertford era el hijo de sus entrañas! «Yo soy tu esposo, dijo á Enriqueta: la noche que me separé de ti debía uniros para siempre; ya desde el principio de nuestras relaciones fuimos uno de otro por el voto de nuestros corazones y por nuestros juramentos, el cielo va á santificar nuestra unión.»

Enriqueta le alargó la mano y renovó sus antiguas promesas; pero le suplicó que no descubriese el misterio del nacimiento de Hertford, porque tenía el secreto que iba á causarle su desgracia. Tomás asintió, sin repugnancia, á esta debilidad de Enriqueta, porque nada podía hacer al objeto de su adoración, aconsejándose, sin embargo, de que llegaria un día en que hallase en ella mas flexibilidad en este punto, y en el entre tanto no se ocupó mas que en llevar prontamente á efecto su tan suspirado lanceo.

Sir Hertford vió con desagrado el futuro establecimiento de su hermana, porque confiado ya de que nunca se había de casar, sentía la parte que debía llevarse de la sucesion de su padre. Obstando en su ánimo estos interesados afectos, se dedicó á hacer todos los esfuerzos para impedir la ejecución de aquel designio, y reculó con mucho desahrimiento las proposiciones que se le hicieron. Pareciéndole que el modo mejor de malograr este enlace, era el de exasperar á Tomás Gutreni, movió con él una reñida pendencia, en la cual ambos se acalararon. Tomás no pudo menos de hablarle con aquella superioridad que le daba su título de padre. Hertford, irritado de aquel tono altanero, al cual no estaba acostumbrado, le dió á entender que debía variarlo ó callar. Tomás quiso replicarle.

—Ya esto es demasiado, respondió el jóven con viveza; Tomás debe saber que despues de la indicacion que le he hecho, considero como un insulto la continuacion de esta disputa; á mí nadie me ha faltado impunemente, porque en tal caso respondí de este modo, poniendo la mano en la espada.

—¿Qué veo! exclamó Tomás retrocediendo asombrado. ¿Qué vas á hacer?

—Cumpro con mi deber, cumplid con el vuestro.

—¡Cielos, que es de mí!

—Dejemos las exclamaciones, ellas son una defensa muy miserable. Tomás Gutreni debe tener entendido que yo no le respeto.

—Infeliz, ¡tú atentas contra mi vida!... si supieras...

—Se que estoy ofendido... que os pido satisfacción... que vaciláis...

—Hertford... insensato... ¿me conoces?

—Si, empiezo á conocer que Tomás Gutreni ignora las leyes del honor, y que debe recibir de mí esta leccion: el cobarde que teme por su vida, no debe esponerla insultando á un hombre de honor.

Tomás Gutreni quedó desconcertado con tan imperiosas palabras. Su primer movimiento fué el de llevar la mano á la espada; el segundo lo contrajo, miró á sir Hertford, y le dijo:

—Bárbaro, no está conmovido tu corazón. Ingrato, el odio te habla... llegarás dia en que te horrores de tu violencia, y en que me agradezcas el haber estado que cometieras el mayor de los atentados.

Al concluir estas palabras se alejó de la presencia de su hijo; éste quiso seguirle, y aunque se lo impidió una turbacion secreta, se afirmó en su proposito de trastornar el proyectado himeneo, á cuyo fin propaló por todas partes su reyerta, extendiéndose principalmente sobre las circunstancias que podian humillar á Tomás Gutreni, jurando furiosamente que aquel cobarde no seria jamás su cuñado, y procediendo como medida de seguridad á encerrar á su hermana.

Tomás no podia justificarse ni libertar á su esposa sino revelando el secreto; ya nada hubo que lo contuviese; se presentó á reclamar la accion de las leyes á favor de un padre y de una madre desgraciada, contra un hijo que los perseguía. Sir Hertford oyó con asombro la historia de su nacimiento; le tuvo por una fábula inventada por Tomás, para escusar su cobardía y para vengarse de él; se empeñó en una defensa acalorada; y entre sus varios cargos preguntaba: ¿por qué no se había declarado antes este misterio? ¿A qué fin aguardar á que él hubiera negado este consentimiento al matrimonio de su hermana? Resonó por todos los tribunales el ruido de esta celebre causa, los jueces se veian embarazados en la sentencia que habían de pronunciar.

Enriqueta se presentó á ellos: su declaracion fué igual á la de Gutreni, pero no había otras pruebas. Ya tenía el pleito un año de duracion; se esperaba el fallo con impaciencia; la voz pública estaba á favor de sir Hertford, cuando en la víspera del dia en que había de sentenciarse se presentó un anciano desconocido, eclesiástico virtuoso, que había merecido la confianza de Milady durante su vida, y que la había asistido en sus últimos momentos; y dirigiéndose al impetuoso jóven le dijo: «Milord, venga á aclarar el misterio de vuestro nacimiento. Vos sois hijo de Enriqueta y de Tomás Gutreni. Lady Hertford me entregó al morir este documento firmado de su puño, certificado por testigos y por personas que asistieron al parto de lo que creéis vuestra her-

mana. Aquí está, hay todavía otros dos escritos iguales a esto, que fueron depositados en diferentes manos, y que en este momento van á ser entregados á vuestros verdaderos padres. Lady Herford habia exigido de nosotros el secreto mas profundo, y nosotros habiamos jurado no revelarlo sino cuando las circunstancias lo hiciesen absolutamente necesario; ha llegado el momento que nos releva de nuestros juramentos: ya estais enterados del hecho, milord, cumplid con vuestro deber; no tengo mas que decir.

Sir Herford oye con estupor esta extraordinaria relacion, mira el documento, lo confronta con algunas cartas de Milord, y no puede desconocer su letra. Convencido de su error, se avergüenza de sus injusticias, se representa el horroroso trance en que ha estado de derramar la sangre de su padre, se estremeca y prorrumpe en amargas lágrimas de dolor y arrepentimiento. Acompañado por el eclesiástico corre á casa de Gutreni, en la que ya se hallaban los demas depositarios de este importante secreto. Enriqueta estaba á su lado; cae á los pies de ambos; detesta sus errores y su ingratitude, é implora su perdón. Conmovidos con las ardientes protestas de su sumision y arrepentimiento, le levantan del suelo, olvidan sus yerros y lo estrechan entre sus brazos, y él mismo se apresura á llevar á sus jueces los documentos, en los cuales debian fundar su sentencia.

Este raro acontecimiento llenó de admiración á toda la Inglaterra. Tomás Gutreni, despues de tantos reveses y contrastes, se casó con Enriqueta, y se ocupó incesantemente de su felicidad. Sir Herford agregó el nombre de Gutreni al suyo, y reparó con su ternura y su respeto los pasares que habia causado á los autores de sus dias.

CORNELIO SCHUT.

En la época en que Rubens ilustraba la escuela flamenco, habia en Amberes un jóven pintor dotado de una imaginacion ardiente y sombria llamado Cornelio Schut. La fama tan injusta y caprichosa muchas veces, dejó á su noble talento consumirse en la oscuridad y las miserias de una vida triste y melancolica.

El miserable laconismo de los biógrafos de aquel desgraciado artista no permite dudar que pertenecia á una familia pobre y desconocida, y que su vida fué breve, pero señalan algunas de sus obras como las inspiraciones de un ingenio brillante y poético. Solo la religion á la que Cornelio Schut, en su dolor y su entusiasmo fué á pedir consuelo y gloria, la religion cristiana, madre comun de los desgraciados y protectora de las bellas artes, acogió sus súplicas y coronó sus trabajos.

Cornelio Schut que tenia la conviccion de su genio, no podia explicarse el olvido en que le dejaban los hombres: en la amargura de su tristeza acusó á Rubens de una envidia hostil que probablemente jamás deshonró el carácter de aquel grande artista: así fué que no se vengó de la injusta prevención del jóven mas que colmándole de beneficios, y proporcionándole trabajos que la autoridad de su aprobacion colocaba en la categoria de las producciones mas notables de aquel siglo que á tanta altura alcanzaban las artes en su fecunda virilidad.

Propagando voces injuriosas sobre el carácter y la reputacion de Rubens, Schut habia cedido menos sin duda á los consejos de una baja envidia que á aquel inexplicable impulso, á aquella vehemente cólera que se apodera en la soledad del talento injustamente olvidado. La generosa conducta del maestro á quien habia creído su enemigo, le llegó muy al alma, pero al mismo tiempo comprendió como se experimenta un sentimiento doloroso, el grado de inferioridad en que le colocaban tan nobles procederes, lo que no hizo mas que agravar la tristeza que le devoraba. En la desesperacion en que le sumergia el aislamiento de su genio, abandonó la sociedad de los artistas, y como un peregrino agitado por pensamientos de espacion recorrió los monasterios y las iglesias de su país. La religion que mitigaba la amargura de sus resentimientos contra los hombres, se convirtió tam-

bien para él en una fuente de alias impresiones.

Cornelio Schut dotó de un gran número de obras maestras las iglesias de Flandes, á donde iba á pedir y donde recibia la hospitalidad. No nos ocuparemos aquí mas que en una sola de aquellas producciones, en la que se revela con suma grandeza el poder de aquel talento desgraciado, y cuyo asunto halló Schut en alguna antigua leyenda poco conocida.

Una tarde estaba rezando en la iglesia de Willebroeck, y delante de una capilla dedicada á San Nicolás, cayó en uno de aquellos éxtasis que proporciona la oracion hecha con fervor, y que se manifiestan con mas ó menos expansion segun los caracteres de los hombres. Creyó el pintor ver animarse la grosera imagen del santo, obra de algun artista vulgar: revistióse de formas magestuosas y brillantes; y es fama que Cornelio Schut vió al santo obispo de Mira tal cual le pintó en el cuadro, cuya idea concibió entonces, y que regaló á la parroquia de Willebroeck. Su asunto es el siguiente:

Constantino, hijo de Leon Isaurio, y apellidado Copronimo, fué, como su padre, un fogoso perseguidor de los católicos que quedaron fieles al culto de las imágenes: era uno de aquellos príncipes cuya vida es un azote del cielo, y que despedazan el mundo con el solo objeto de satisfacer un instinto cruel y sanguinario. Por los años 762 renovó las órdenes de su predecesor y las suyas contra los que violaron los decretos relativos á las imágenes, con lo que una horrible persecucion empezó al punto á llevar de un confín al otro del imperio, el doloroso espectáculo de los suplicios; los delatores y los fanáticos sectarios del emperador iconoclasta, llenaron el Oriente de luto y de lágrimas. Los monges eran arrancados de la paz del claustro, y sepultados en los calabozos despues de haber sufrido las mas atroces maturlaciones: á unos les cortaban las narices, á otros las manos, á otros les sacaban los ojos por no haber querido suscribir al decreto contra las imágenes. Y no solo contra los ministros del Señor extendia sus estragos la persecucion; á ella estaban sometidos tambien los mas ricos como los mas oscuros ciudadanos de Constantinopla.

En aquella época tres tribunales militares fueron acusados á Constantino de practicar el culto de las imágenes: el emperador los hizo prender al frente de sus legiones, y los condenó á muerte sin querer siquiera escucharlos.

La cárcel en que metieron á aquellos tribunales mientras llegaba el momento de su suplicio, estaba llena de católicos que ya habian sido mutilados, ó que se resignaban á sufrir por la misma causa. Atropeñáronse delante de una imagen de San Nicolás que habian logrado ocultar á los vigilantes ojos de los satélites del emperador. Sabido es que la devocion á aquel santo obispo estaba muy difundida en el Oriente desde el sexto siglo, y es probable que los tribunales condenados por Constantino la habian practicado con bastante publicidad para escitar el celo de un delator. Durante la noche que debía preceder á su suplicio, invocaron al santo con un fervor particular, y le rogaron, no que los salvase, sino que conmoviese en favor de los cristianos fieles, el corazón del emperador. A la mañana siguiente fueron puestos en libertad. Una vision habia turbado el sueño de Constantino: San Nicolás cubierto de vestiduras episcopales y brillante con toda la gloria de los bienaventurados, se le habia aparecido de repente. Desparovido Constantino habia llamado en su auxilio á los guardias que velaban en las puertas de la estancia imperial, pero la voz colérica del santo habia resonado solo en su oído para vaticinarle el castigo que reservaba Dios á su crueldad, si un pronto y verdadero arrepentimiento no venia á granjearle su perdón.

Tal es la maravillosa escena que Cornelio Schut realizó en el lienzo. Su cuadro es notable por la correccion del dibujo y la buena colocacion de los personajes: el terror de Constantino y la severa magestad de San Nicolás forman un contraste lleno de arte y de poesia.

Se ignora la época exacta del nacimiento de Cornelio Schut: tampoco se sabe á punto fijo cuando murió: pero las pruebas que nos quedan de su talento, le aseguran un puesto principal entre los buenos pintores del siglo XVII.

MISCELÁNEA.

FABRICACION DEL FOSFORO Y DE LAS CERILLAS FOSFORICAS. En otro tiempo se daba el nombre de fósforo, que significa *porta-luz*, á todos los cuerpos dotados de la propiedad de brillar en la oscuridad. Esta palabra designa actualmente un cuerpo muy curioso, descubierto en 1677, por un negociante de Hamburgo llamado Brand, que se habia dedicado á la alquimia á fin de restaurar su fortuna por el descubrimiento de la *piedra filosofal*, es decir, por el descubrimiento de un proceder químico propio para hacer oro. Buscaba la piedra filosofal en la orina, segun aquel razonamiento absurdo de moda entonces entre los alquimistas: la piedra filosofal hace parte de las cosas que existen en el mundo: luego la orina es un mundo en pequeño (*microcosmo*) que encierra pequeñas cantidades de todo cuanto existe: luego la piedra filosofal debe encontrarse en ella. Destilando el residuo de la evaporacion de la orina, Brand obtuvo un cuerpo luminoso en la oscuridad, y no dudó que fuese la famosa piedra. Pero pudo convencerse bien pronto de que aquel cuerpo no obraba la transmutacion (el cambio) de los metales ordinarios ó viles en metales preciosos ó nobles. Kunkel y Kraff, habiendo oído hablar del descubrimiento del alquimista de Hamburgo se reunieron para comprarle su secreto; pero Kraff tomó la delantera, trató separadamente con Brand por 300 reichshalers (cerca de 4,000 rs.), y volvió á vender en seguida el secreto en detalle en Holanda y en Inglaterra. Indignado Kunkel de la traicion de su asociado, resolvió buscar él mismo la preparacion del fósforo. Nada sabia de aquel maravilloso cuerpo sino que Brand lo habia descubierto trabajando sobre los orines. Sometió, pues, la misma materia á todos los procedimientos imaginables, y al cabo de dos años logró obtener el fósforo. Este descubrimiento le inspiró tal entusiasmo en favor de los productos extraidos de los orines, que tenia la costumbre de decir que si se conociese el valor de los orines se vendria ver perder una sola gota de ellos.

La preparacion del fósforo por el procedimiento de Brand y Kunkel era extraordinariamente repugnante y muy difícil de hacer. Se necesitaban evaporar cinco cuartillos de orina para obtener cuatro onzas de fósforo impuro. En 1769, dos químicos suecos, Scheele y Gahn, descubrieron el fósforo en los huesos de los animales, y dieron un procedimiento que solo se ha modificado ligeramente despues, y que permite preparar el fósforo en gran cantidad: calentando fuertemente los huesos al contacto del aire hasta que se vuelvan completamente blancos, y se los reduce á polvo sumamente menudillo por medio del ácido sulfúrico: la mezcla resultante durante algunas horas, y dejada en reposo da un licor que se evapora dejando una materia seca: el residuo mezclado con carbon, y calentado muy fuertemente en aparatos particulares, da vapores de fósforo que se enfrían para hacerle tomar el estado líquido, y despues el estado sólido.

El fósforo puro es un cuerpo transparente, sin color, de un olor particular, blanda como la cera: es mas pesado que el agua, y se funde facilmente á los 44°. Se puede fundirle sin peligro en el agua caliente, pero se inflamaría al contacto del aire. Debe manejarse el fósforo con las mayores precauciones: el calor mas ligero de la mano, el mas ligero frote, bastan para inflamarle, y las quemaduras que causa son de las mas crueles. Debe manejarse siempre con las manos dentro del agua.

Esta propiedad que posee el fósforo de inflamarse por el frote, le ha hecho emplear para la fabricacion de las cerillas químicas ó fósforicas, de que se consume una cantidad inmensamente fabulosa al año en todas las naciones. El modo de hacer estas cerillas fósforicas, es el siguiente: se mojan desde luego en azufre decretido las cerillas preparadas, dividiéndolas con un enchillo mecánico de madera, convenientemente seco en un estuche: estas cerillas son los fósforos azufrados ordinarios. Para hacer las cerillas fósforicas, basta humedecer las cabezas de las cerillas en una pasta hecha con agua, gema y

fósforo: á esta pasta se le da el color azul ó encarnado, por medio de una pequeña cantidad de azul de Prusia ó bermellón: se añade también urea muy fina para que el efecto producido por el frote sea más enérgico: se secan después estas cerillas con precaución en una estufa, y cubiertas de un barniz de ácido esteárico derretido, preservan la parte fosfórica de la acción del aire húmedo. Se hace también entrar el clorato de potasa en la pasta de los fósforos de frote; pero los fósforos preparados así producen al inflamarse una explosión, y lanzan por todos lados chispas y fósforo ardiendo.

Hay otros fósforos llamados oxigenados, casi abandonados hoy, los cuales se preparaban con una pasta fosfórica, que contenía clorato de potasa, azufre y goma. Se encendían estos fósforos metiéndolos en un frasquito lleno de amianto empapado en ácido sulfúrico muy concentrado y cerrándolo inmediatamente. Estos fósforos oxigenados dejaban de servir, y se echaban á perder muy pronto, porque el ácido sulfúrico atraía la humedad del aire y no inflamaba las cerillas. En fin, el antiguo fósforo era un simple frasco que contenía un poco de fósforo, en el cual se metía una pajuela ordinaria que se apoyaba sobre el fósforo: se destacaba una partícula, y la pajuela se encendía cuando se frotaba sobre un lapón de corcho. Los graves accidentes que causaron esta clase de fósforos y lo incómodo que eran, ha hecho desterrarlos enteramente. En estos últimos años se ha buscado la perfección de los fósforos químicos reemplazando el azufre, que produce al quemarse un olor desagradable, por el ácido esteárico fundido (materia con la que se fabrican las bujías esteáricas): las cerillas preparadas de este modo han recibido el singular nombre de fósforos de gas.

formada de harina, azúcar y tocino cortado en pedacitos, en los que se mete el fósforo mezclada en el agua y la harina.

En España ha adquirido también el fósforo un considerable desarrollo, pues hay fábricas en Cascaete, en Hernani, en Tolosa, en Valencia, en Madrid, y en otra porción de puntos.

RASGO DE PIEDAD FILIAL. Un anciano centenario fué en el año de 1775 el objeto de la pública atención en la capital de Inglaterra. Tenía doce hijos, todos ellos soldados, y sin más recursos que su triste paga. Habiendo obtenido la licencia para ir á ver á su padre, le encontraron reducido á la mayor miseria.

—¿Cómo es eso, dijo uno de ellos, no tener que comer nuestro buen padre, después de haber dado doce defensores á la patria? Es preciso que le asistamos.

—¿Y de qué modo si no tenemos dinero? contestó el otro.

—¿No hay aquí un banco? replicó el más joven después de un momento de reflexión.

—¿Un banco? ¿Y de qué nos sirve si no tenemos prenda alguna que llorar para que nos presten?

—¿Cómo que no tenemos nada? Ahora lo verás. Nuestro padre ha ejercido el oficio de sastre toda su vida, y se muere de hambre; nada prueba mejor su hambre de bien: nosotros estamos al servicio del rey desde algunos años; nadie puede echarnos en cara la menor falta contra el honor: demos este honor en garantía, y será suficiente para que nos anticipen cincuenta libras.

Fué aprobada esta idea por unanimidad, y los doce hermanos firmaron el curioso documento que dice así: «Doce ingleses, hijos de

abrigo de la miseria, sino que pudo legar á sus hijos un mediano caudal, como recompensa de la piedad, amor y veneración de esta honrada familia, modelo de extraordinaria virtud.

—En el acto mismo en que un ratero se estaba confesando, le cogió la tentación de robar una caja de oro á su confesor; y habiéndose acusado del robo sin nombrar la persona, le dijo el reverendo padre que la restituyera: «Padre mío, replicó el penitente, yo tengo cortedad, ¿quiere vd. que yo se la entregue á vd?—No, contestó el confesor.—Pues si el dueño no la quiere recibir ¿qué le he de hacer?—Si es así, bien puedes quedarte con ella.» Ya con esta sanción le pareció al redomado ladrón que quedaba tranquila su conciencia.

—Preguntaba un general á cierto oficial (que no tenía la fama de ser muy valiente) en donde se había hallado en la última batalla, pues que no lo había visto en parte alguna. A lo cual contestó con gran desenfado y altanería: «Yo me hallaba en donde vd. no habría tenido valor para presentarse.—¿Cómo es eso? replicó el general lleno de ira. ¿Cómo tiene vd. el atrevimiento de faltarme así al respeto y á la consideración que me debe? Yo castigaré tamaña desvergüenza.—No se apure vd., mi general, yo estaba metido entre los equipages. ¿Habría vd. querido comparecer en aquel sitio durante la batalla?»

—Se han encontrado diferentes especies de cabras en casi todas las partes del mundo; pero si se creyese en los viajeros, habría más que los naturalistas han reconocido. Esto consiste en que los viajeros, poco versados generalmente en el conocimiento de los caracteres anatómicos que sirven para clasificar los animales, y no volviéndose más que á las apariencias, han clasificado entre las cabras animales que pertenecen al género de los antílopes.

Se sabe que las cabras pertenecen á aquella división de la familia de los rumiantes que llevan los cuernos retorcidos y consistentes. Como la mayor parte de los demás rumiantes, no tienen dientes incisivos superiores, al paso que su mandíbula inferior tiene ocho.

Las orejas de estos animales son de mediana dimensión y puntiagudas.

Entre las especies de cabras que existen nos limitaremos á nombrar la *cabra de Angora*, lana larga y fina; la *cabra de Siria*, de lana corta y de cuernos cortos; la *cabra Imberbe* ó sin barba y la *cabra del Thibet*, que es precisamente la que presentamos en la lámina que acompaña á este pequeño artículo.

—Cuando ya un predicador había pronunciado la mitad de su sermón, tuvo la desgracia de perderse, y le fué preciso bajar del púlpito, quedándose con otra mitad en el cuerpo. Era dicho predicador algo jactancioso, y pretendía que aquel sermón era un modelo del arte, y que el haberse perdido era un accidente casual, que en nada rebajaba su mérito. Un burlón que se hallaba á su lado le dijo: «¡Ah, padre! su sermón de vd. era tan bueno que no le faltó más que la palabra.»

—Un caballero muy rico se enamoró de una joven de clase inferior á la suya, y como varios viajes que había emprendido para borrar aquella pasión no habían hecho más que aumentarla, exclamó: «Será preciso que me case con esta mujer, porque no encuentro otro medio para dejarla de amar.»



Cabra del Thibet.

La fabricación de las cerillas químicas ha tomado en poco tiempo un desarrollo extraordinario en París, hay más de 1000 obreros que trabajan en producir un millón de millones de cerillas diarias, y cuyo valor puede ponerse en un millón de francos: ordinariamente se ocupan en este trabajo las mujeres y los niños, que se consagran á él no sin peligro, ya por las quemaduras producidas por las inflamaciones accidentales de las pastas fosfóricas, ya también por la acción lenta de los vapores del fósforo que influyen mucho sobre la economía animal. El fósforo es en efecto un cuerpo venenoso, y se han verificado muchos envenenamientos con las cerillas fosfóricas, unos resultados del crimen, otros resultados de imprudencia, particularmente en los niños. En Inglaterra se emplea el fósforo para emponzoñar las ratas, con una pasta

un sastre que se halla en la mayor indigencia á la edad de cien años, estando todos ellos en actual servicio del rey y de la patria, piden á la dirección del banco cincuenta libras esterlinas para socorrer á su desventurado padre. Como garantía de esta suma, empeñan su honor y prometen el reembolso en el término de un año.

Dirigieron este precioso pagaré al citado banco, y pasaron todos juntos á saber la respuesta; fué favorable: en el acto les fueron entregadas las cincuenta libras, fué hecha pedazos en su presencia aquella memorable obligación, y se les ofreció que el anciano no carecería de auxilio alguno durante su vida.

Apenas se hizo público este suceso, que de todas partes corrían gentes de todas clases y edades á ver al buen sastre, y á llevarle ricos presentes, con los cuales no solo se puso al